

Retrato

PSOE



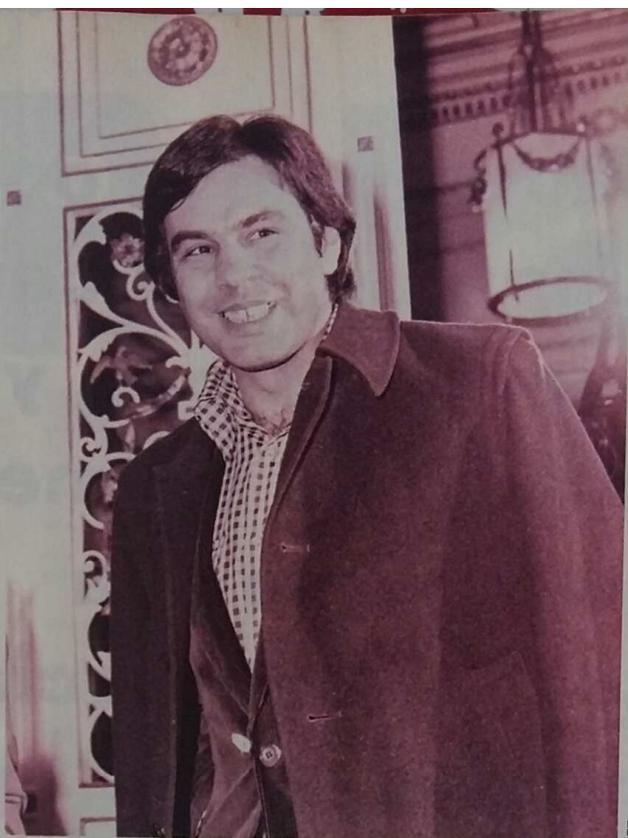
**de Grupo
con
Señora**

Salieron de la oposición. Llegaron, con cara de buenos chicos, y se quedaron. Prometían el socialismo o la socialdemocracia. Y el cambio. Sobre todo el cambio.

Y lo han logrado: ellos ya no son los mismos. El ejercicio del poder les transformó con una fina cirugía que Manolo Vázquez Montalbán ha fotografiado desde la inocencia de su primera aparición pública.

por MANOLO VÁZQUEZ MONTALBÁN

Si Felipe González recuperara de pronto la chaqueta de pana, tejido de tranviarios y penenes, sólo suscitara sonrisas de desencantados avisados. Para siempre está condenado a ser el que ahora es y ya nunca sabrá lo que pudo haber sido y no fue.



EFE

Hay que escoger una fotografía. Aunque no estén todos los que son. Y entre todas las posibles ahí queda la del primer gobierno socialista de 1982, recién investido. Contemplarlo es contemplar la inocencia histórica: son jóvenes demócratas que no han pegado un tiro en la guerra civil, que no se han equivocado durante la postguerra, ni confraternizando con el franquismo, ni oponiéndose a él hasta la tragedia y el sufrimiento. En ellos se han reconocido diez millones de votantes, conscientes de que han pasado por un período de excepción de cuarenta años, de que este es un país escasamente rico, discretamente pobre y de que el socialismo democrático ha sido eficaz en el norte del mundo para erradicar el cólera y la cólera. Muchos de esos diez millones de votantes sabían que el franquismo era mentira, pero jamás se atrevieron a sacar el pecho frente a las bayonetas legionarias victoriosas en la guerra civil. Estos muchachos que aparecen en la fotografía fueron antifranquistas, pero sin excederse: no insultan a la prudencia ajena enseñando años y años de cárcel, meses y meses en celdas de castigo, espectaculares exilios, torturas. Nada de eso. No ofenden por lo que hicieron a los que poco hicieron.

Además saben lo que quieren y saben. Tienen un proyecto histórico como grupo (modernizar España) y son poseedores de saberes imprescindibles para esa modernización. En el transcurso de los debates parlamentarios

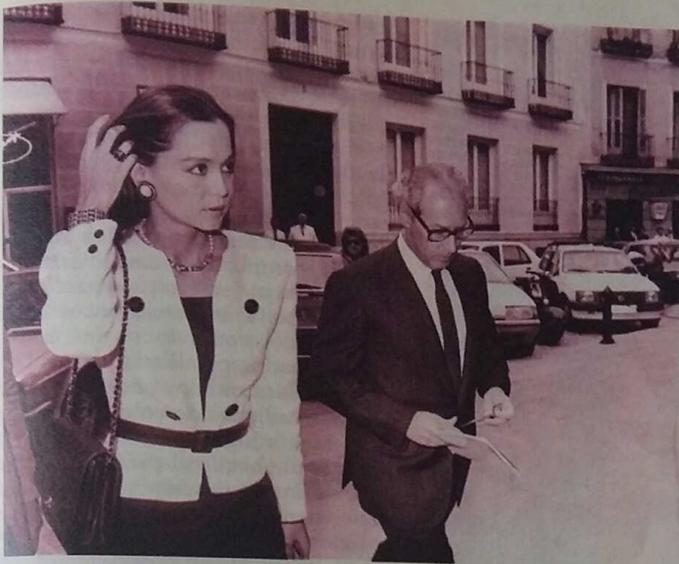
rios y de la moción de censura, Felipe González hablaba como un opositor más seguro de sus luces que el presidente del tribunal, respaldado por la seguridad crítica de los más eficaces brujos del espíritu contemporáneo: los economistas. Lluch o lo que bien se concibe aunque se exprese a veces mal, haciendo polvo la sentencia atribuida a Victor Hugo:

«Lo que bien se concibe bien se expresa con palabras que acuden con presteza.»

Solchaga, impartiendo seguridad profesoral, la seguridad más apreciada en una España que regala a cualquiera la estatura de un mito, pero a muy pocos la estatura de un sabio. Y allí estuvo Solchaga diciendo incluso que de ser alumno suyo el ministro de economía de UCD, le habría suspendido. Y aunque esté casi inédito como parlamentario, se sabe lo suficiente de Miguel Boyer como para confiar en él: ¿acaso no es uno de los técnicos del Banco de España, el banco más banco, el banco que siempre ha sido y será algo más que un banco? ¿Acaso no ha sido el Banco de España y sus grupos de estudio la clave de la alternativa democrática de la economía española, desde que empezaron a infiltrarse en él jóvenes economistas izquierdistas a comienzos de la década de los sesenta? Además Boyer tiene todos los rasgos, menos uno que adquirirá poco después, requeridos en la persona a la que le daríamos nuestros ahorros para que hiciera prospecciones petrolíferas en

El Retiro: la frialdad de un especialista en cirugía ocular sueco, el aplomo de una cabeza amueblada por un interiorista postkeynesiano y popperista y como contraste lúdico, ese aura que otorgan los cabellos mejor rizados a los mejores violinistas húngaros o austrohúngaros.

Bien dotado el grupo de brujos de la economía, en esa fotografía inicial hay un interrogante sobre dos siluetas decisivas: Narcís Serra y José Barrionuevo. Defensa e Interior. Casi nada en un país que ha superado un golpe de estado hace un año y el juicio a sus responsables hace apenas unos meses. Juicio en el que no estuvieron todos los que fueron y por no estar, apenas si apareció la trama civil del golpe. A Serra lo conocen los catalanes y a Barrionuevo los madrileños. De Serra se sabe que es inteligente, culto, hábil, que toca el piano y que no ha hecho el servicio militar. De Barrionuevo que es tenaz hasta la mala educación, un agresivo reprimido y el jefe de los guardias de Tierno Galván cuando «el viejo profesor» iba a inaugurar monumentos a John Lennon creyendo que eran monumentos a John Lenox. Que el ministro de Defensa no hubiera hecho el servicio militar era una prueba de fuerza psicológica y cultural promotora de enigmas, pero en primera instancia tranquilizaba a los antimilitaristas y predisponía a los militares a una tregua razonable ante un exento por hijo de viuda, menos razonable en caso de haberlo sido por pies planos e impro-



Para empezar, el señor ministro expropiador de Rumasa, regaló a Isabel un bolso comprado en Loewe, signo de buen gusto por parte del ministro y al mismo tiempo de bien administrar, porque expropiado Loewe con todo el paquete Rumasa, de momento todo quedaba en casa.

able de haberse tratado de un estrecho de pecho.

Hay más pobladores en la fotografía. Un ministro de Justicia justo que procede de Justicia Democrática. Un ministro de Obras Públicas bien construido, sólidamente construido. Uno de Agricultura con cierto aspecto de hacendado menor y emprendedor, de esos que convierten los secanos familiares en regadío, montan cooperativas entre los aparceros y antes de morir legan su biblioteca a los hijos de los trabajadores agrícolas y alguna beca para que estudien sobre piensos compuestos en Alemania. Se trata sólo del aspecto, porque Carlos Romero, como Joaquín Almunia el ministro de Trabajo, tienen antecedentes como sindicalistas combativos y expertos en economía agraria y social, que es de lo que se trata. Pero una fotografía es una fotografía. Un continente es un continente y según estas claves, Romero tiene un aspecto equidistante entre el populista ruso y el hacendado modernizador y Almunia representa a uno de esos prometeos sindicalistas que les han robado la jerga de convenios a los empresarios para dársela a los obreros.

Y ahí está Alfonso Guerra. Se sabe muy bien y no se sabe muy bien qué pinta él en la fotografía. Para empezar es el amigo del chico de la película, el que sabe caminar un paso por detrás de él para no dejar escapar un detalle. Controla el partido y es la mano derecha de Felipe González. Dice lo que Felipe González no puede decir y

como Felipe González no puede decirlo. Sus puyas han sido varazos de castigo para el gobierno centrista y su lengua es temida y temible, lo que entusiasma a esa importante parte del electorado a la que le gustan los derribos verbales, en tiempos poco propensos para derribos más fundamentales. Guerra es la agresividad vigilante de una izquierda obligada a ser prudente, consciente de que vive malos tiempos para la lírica y peores para la épica. Aunque la socialdemocracia ha padecido una esquizofrenia menor que la de los comunistas organizados en países de capitalismo avanzado, también llevan la suya a cuestras. Los socialdemócratas van hacia el socialismo gestando el capitalismo. Una de dos, o acaban gustándose los sapos o de vez en cuando vomitan alguno. Para eso estaba Guerra. ¡Qué sapos vomitaba! ¡Cómo los vomitaba!

La señora no está en esa foto de grupo ministerial. Pero está. Se sabe que puede aparecer de un momento a otro y probablemente lo haga con tejanos y una blusa, tratando de contener con una mano la breve melena y la inseguridad detrás de una oreja, mientras en la cara se establece una sonrisa de solidaridad complicidad sonriente: ¿Pero vosotros sabéis en qué lío nos hemos metido? Los socialistas han exhibido sus atributos femeninos a lo largo de su pugna desde la oposición y ahí está Carmen García Bloise heredera de las hechuras de las rojas españolas de antaño, austera, honesta y antimujer ob-

jeto, o una tal Rico Godoy, diplomática que habla como una chica de Serrano con una precipitación bilabial por encima de lo corriente en las chicas de Serrano, o Elena Flores, trabajadora de fondo poco propicia al flash, o Pilar Miró, la bohemia artística con marcapasos y una esencial melancolía más cordial que cardíaca. No, no se trata de ninguna de ellas, siquiera de Carmen Miró tecnóloga o de Ana Balletbó, la diputada que estuvo dispuesta a parir gemelos ante las patas de los caballos de Tejero, un prodigioso animal mimético capaz de parecer socialista en un partido socialista, diputada en un Parlamento y periodista en un periódico. La señora para este retrato de grupo socialista es Carmen Romero, esposa del jefe de gobierno, profesora de Literatura Española en un instituto de Madrid, sombra independiente durante la ascensión política de su marido, propuesta de nuevo estilo de primera dama civil, equidistante entre la clandestina señora Pertini y la obsesiva Madame Pompidou. Carmen Romero tiene el don semántico de estar sin estar: diríamos que es una independiente metafísica, comprometida con un impulso original hacia el socialismo y su marido. Hay que retenerla en este fotomontaje. Porque a veces se escapa y tarda en reaparecer. A impulsos de un ritmo secreto que sólo ella controla.

En busca del votante desconocido

El éxito electoral ha sorprendido a



**Carmen Romero
no es un apéndice de su
marido, sino el toque
de distinción que se aporta
en el momento oportuno...**

COVER

los mismos socialistas. Diez millones de votos dan el poder a un partido vencido en la guerra civil y sólo siete años después de la desaparición física del dictador y cuatro de la reinstauración de una constitución democrática. La derecha democrática ha pagado el precio de su desmovilización organizada y crítica bajo el franquismo; la derecha menos democrática el de su abierta complicidad con el franquismo; y el centrismo rápidamente urdido para gestar la transición, se ha autodestruido, como todos los centrismos tramados para llenar vacíos transitorios. Diez millones de votos, es decir, diez millones de voluntades, están dipuestos a jugar una experiencia socialista que saque al país de la sensación de improvisación y falta de proyecto acentuada desde la autodescomposición de UCD.

Los socialistas en el poder hacen sus cálculos. ¿Cuántos de esos diez millones son incondicionales y cuántos proceden de un espectro social centrista que no respaldará aventuras transformadoras excesivas? Formulada así la pregunta predisponía ya una estrategia a largo plazo: conservar el poder reteniendo esos millones de votos prestados por el centrismo. Además gobernar teniendo en cuenta a esos votantes que daban mayorías absolutas, significaba hacerlo con una prudencia que también sería bien recibida por poderes fácticos fundamentales: el empresariado o la banca. La noche en que Alfonso Guerra apareció ante las cámaras de TV diabólicamente sonriente, con las manos llenas de mayoría absoluta, una dama, en un balneario del Sur se puso a gritar: ¡Afganistán! ¡Afganistán! Había que tranquilizar a esa señora no sólo mediante una política de gestos, pero también mediante una política de gestos. Alfonso Guerra atemperaría sus modales, y su declarada filia por Mahler y Machado le trataría como un postromántico polimórfico y ecléctico, como la música de Mahler o los mejores poemas de Machado (*Recuerdos de sueño y duermevela*) o ese gran monumento del pensamiento liberal español que es Juan de Mairena. Entre la confesión postromántica de Guerra y la declaración de Felipe González de que el capitalismo es un sistema económico muy aceptable, median intensos meses de fijación de una imagen centrista, consciente de que todo en España conspira para convertirse en un país céntrico, centrista y centrado. Los intelectuales, los medios de comunicación, los aparatos ideológicos del estado, todo, todos se confabulan para construir un espejo en el que España se vea reflejada sin posi-

bilidad de extremos. Los extremos son desestabilizadores, vengan de donde vengan y un dirigente socialista vasco declara: «Todo lo que queda a la izquierda del PSOE es un problema de guardia civil». El PSOE lo quería ocupar todo, quitándole a la derecha su razón funcional y a la izquierda cualquier posibilidad de alternativa.

Esta operación se emprende desde la seguridad que otorga el único partido estatal no desarticulado y que asume el centralismo organizativo por convicción o porque le va en ello la instalación política local o nacional de sus cuadros. A la derecha tecnocrática se la tranquiliza con medidas prudentes y con nombramientos emblemáticos, como el de Claudio Boada, tecnócrata incombustible que en una hipotética España comunista sería Director General del Tesoro. Y en cuanto a los gestos, algunos ministros socialistas y sus familias empiezan a ser carne de revista del corazón, bien por la vía legítima, bien por la vía que lleva a los límites de la norma moral. Resulta que más de una hija de dirigente socialista quiere ser modelo y puede ser modelo. Resulta que algún hijo de dirigente socialista hace la primera comunión en color de flash y merengue y asiste a otras primeras comuniones con flashes y merengues. Y Guerra, cómo no Guerra, liga en un vuelo de Iberia con una señorita de la buena sociedad sevillana, de la que tiene una niña que se llamará Alma, como la esposa de Mahler. La operación normalización de la imagen social no se ultimaría, para finalmente desbordarse, hasta que Miguel Boyer empezó a dar que hablar con Isabel Preysler exseñora Iglesias y a la sazón esposa legítima y a todos los efectos del marqués de Griñón. Para empezar, el señor ministro expropiador de Rumasa, regaló a Isabel un bolso comprado en Loewe, signo de buen gusto por parte del ministro y al mismo tiempo de bien administrar, porque expropiado Loewe con todo el paquete Rumasa, de momento todo quedaba en casa. Mientras la *liaison dangereuse* entre Boyer y Preysler fue un rumor, prestó toneladas de encanto y afirmación social al gobierno socialista: desde las humildes chabolas de los acogidos al subsidio de desempleo hasta el palacio del marqués de Griñón, el poder de seducción del socialismo democrático español no tenía límites.

Hay que retener en este momento la imagen de la señora del grupo. La hemos visto con pantalones tejanos y un gesto sorprendido al pie de la tribuna donde su marido hacía campaña electoral. Luego acompañada de niños y

perro monclovita, sombra sonriente tras el estadista en horas de reposo. Pero de pronto aparece en desfile de modas, en una decisión ligeramente anticipadora a la que asumió Raisa Gorbachov en la URSS. Y lo hace Carmen Romero, no con el empeño de sancionar una ascensión de estatus, sino de demostrar que también las mujeres socialistas tienen criterio sobre lo bello y lo feo y saben que una cosa es vestirse en la oposición y otra hacerlo dentro del estado, siendo estado mismo. En un primer momento la cantante Massiel, socialista por parte de padre, por parte propia y por parte de marido, pareció ser la guía de Carmen Romero por los salones de desfile, pero la primera dama civil no tardó en ir a su aire y autorresponsabilizarse de su fotogenia que era mucha, consciente de que a partir de los cuarenta años todo el mundo es responsable de su cara. A los diez millones de votos alcanzados, Carmen Romero sumó el de Vittorio Gassman, personaje curtido en besamanos a señoras principales, que no pudo reprimir, ni quiso, su admiración ante aquella morena con eterno aspecto de novia del jefe de gobierno.

Obsérvese como Carmen Romero sale en las fotografías mesuradamente. No mucho para que nadie le pida explicaciones por el uso convertido en abuso. Ni tan poco que pueda dar lugar a sospecha y rumor de lejanía. Sigue dando clases en el instituto durante la tarde y de noche se deja besar la mano por Mitterrand o por Vargas Llosa o por el señor Termes, el condottiero del poder bancario. El público aprende a leer esta imagen de mujer inesperada. No es un apéndice de su marido, sino el toque de distinción que se aporta en el momento oportuno y cuando comete la torpeza de caerse por una escalera en el transcurso de una visita oficial, reconvierte la caída en naturalidad. Qué bien se cae Carmen Romero por las escaleras.

No faltaban imágenes opuestas y por ello complementarias. Nadie ha podido decir jamás, ni podrá decirlo en el futuro, que Nicolás Redondo le compre un bolso de Loewe a la señora de un marqués y ahí ha quedado retratado para la posteridad el ministro Lluç en albornoz, zapatillas y barba de dos días acudiendo a comprar el diario en una población de El Maresme durante sus vacaciones. Tiempo después, cuando el efecto ampliación y normalización de imagen se había descontrolado, Alfonso Guerra dio a los ministros la consigna de pasar las vacaciones en cualquier pueblo, con un pañuelo con cuatro nudos en la cabeza,



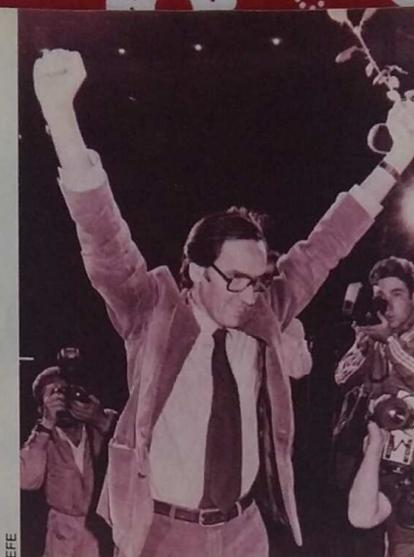
Cuando el efecto ampliación y normalización de imagen se había descontrolado, Alfonso Guerra dio a los ministros la consigna de pasar las vacaciones en cualquier pueblo, con un pañuelo con cuatro nudos en la cabeza, un botijo y la suegra a babor y el suegro a estribor.

un botijo y la suegra a babor y el suegro a estribor. Pero no adelantemos acontecimientos, no apresuremos la llegada a ese momento actual en el que el posible votante PSOE se ha disgregado y los centristas añoran un centro, las izquierdas una izquierda y los que no saben/no contestan votarían a cualquiera que les rebajara los impuestos.

Céntricos, centristas y centrados

En una de sus más surrealistas entrevistas concedida a un corresponsal extranjero, ante la pregunta de si era difícil gobernar a los españoles, Franco contestó sonriente, casi divertido: «No. Qué va. Es muy fácil». Para conseguir esa facilidad Franco había mutilado la conciencia crítica de España mediante la muerte, el terror y la represión. De hecho la sociedad española ya salió de la dictadura centrista y centrada, aunque no tan céntrica; aún faltaban algunas medidas que definitivamente la situaran al alcance de todas las decisiones del sistema mundial. Era ésta, y lo sigue siendo, una sociedad de supervivientes y ese tono moral ha sido el más adecuado para afrontar el desencanto provocado por la crisis económica y las frustradas expectativas, a todas luces inmaduras y exageradas, despertadas por la llegada de la democracia. Sólo esta predisposición explica el fatalismo social con el que han sido acogidas todas las insuficiencias y austeridades que ha comportado el gobierno socialista. Había que sacar dinero para garantizar subsidios de desempleo al mayor ejército de parados de Europa y eso se ha conseguido mediante una lógica y coherente elevación de la presión fiscal, pero también mediante recortes de la asistencia social que han convertido la sanidad española en un museo de los horrores, en el que no falta la escatológica imagen del internado que ha de ir a la clínica con su propia toalla y su propio papel higiénico. Ese aumento de la presión fiscal ha repercutido en una mejor y más democrática gestión municipal, pero no ha generado beneficios sociales más fundamentales que afectan a la política sanitaria, educativa o de pensiones. En los tres apartados se ha frenado e incluso se ha retrocedido en lo que concierne a la presencia pública, induciendo el propio gobierno a que cada ciudadano se esballe por sus medios privados.

Tampoco los aparatos represivos del estado han demostrado qué diferencias cualitativas se derivan de que el gobierno sea centrista o socialista. Los escándalos de corrupción policial y los malos tratos a detenidos por delitos de terrorismo o comunes no han desapa-



EFE

recido en la España socialista y democrática y el gobierno se ha acogido a la razón de estado para cubrir los excesos, como si combatirlos significara debilitar la capacidad represora del estado y en ello le fuera la razón de ser. Es decir, la misma lógica que hubiera aplicado un gobierno de derechas. Tampoco en los alineamientos internacionales se ha visto una práctica de estado diferenciadora, salvo en algunos gestos solidarios hacia países en primera línea de la lucha contra el imperialismo, coartada moral de la izquierda europea, que exporta comprensión hacia el antiperperialismo de supervivencia e importa corresponsabilidad estratégica con el imperialismo. He aquí uno de los puntos débiles de la esquizofrenia socialdemócrata: emancipadora en Nicaragua y cómplice, aunque sea a regañadientes, con la agresión norteamericana a Libia y con la política industrial armamentista del sistema.

Y en los aspectos culturales, si bien es cierto que el gobierno socialista ha hecho esfuerzos para recuperar el patrimonio heterodoxo cultural, oculto o reprimido durante el franquismo, fuera español o internacional, no es menos cierto que ha empleado sus instrumentos de creación de conciencia, es decir, instrumentos de cultura, en la inculcación de valores conservadores y avaladores de una política de estado. Es más. Bien directamente, bien a tra-

La noche en que Alfonso Guerra apareció ante las cámaras de TV diabólicamente sonriente, con las manos llenas de mayoría absoluta, una dama, en un balneario del Sur se puso a gritar: ¡Afganistán! ¡Afganistán!

vés de sus proveedores intelectuales de ideología, la política cultural del gobierno socialista ha tendido a desacreditar la función crítica de la cultura pregonando que estábamos en tiempos de normalidad y que había que superar el anacronismo de «estar a contra». El descrédito de la teoría crítica ha sido una de las operaciones más profundas de las emprendidas por los apologetas gubernamentales. No en aplicación de un cálculo cínico, sino de una alienación progresiva, identificadora entre Bien Común y Bien del PSOE.

Aquellos que habían esperado de un gobierno socialista trascendentales medidas de transformación social, con esperanza o con miedo, según las posiciones, pudieron comprobar casi enseguida que había sido expectativa vana. Los dirigentes socialistas más lucidos o bien han mantenido siempre un distanciamiento dialéctico entre lo que querían y lo que podían hacer o bien han tratado de hacer coincidir lo que podían hacer con lo que querían hacer. De todo había en el grupo que nos ocupa, aunque la práctica del poder les fue decantando hacia la segunda posición, ayudados en este sabio autoengaño por los desconciertos con los que limitaban a la derecha y a la izquierda: una derecha paráliticamente personalizada en Fraga y su constante problema de sintonizar la velocidad con la que piensa con la que habla y a la izquierda el Partido Comunista lleno de termitas naturales y sobrenaturales. De hecho las fórmulas alternativas entre la potencial derecha conservadora y el socialismo moderado, se van reduciendo a qué grado de intervencionismo y asistencia puede reservarse el estado para mantener un consenso social. En economías de difícil despegue, aunque compartan ciertos niveles de consumo con economías más desarrolladas, el papel interventor y asistencial del estado es inevitable. Eso lo asume la derecha como un mal menor y el socialismo moderado como una coartada de que aún no ha rendido toda su estrategia a un mero neoliberalismo vigilado por el estado como árbitro de la tensión social, decantado hacia las zonas más deprimidas y sumergidas de la sociedad, pero sin perder de vista e intención que diez millones de votos sólo se obtienen consiguiendo la confianza de los emergentes y los instalados, que son mayoría social en cualquier sociedad capitalista avanzada. No estamos ya pues en el territorio idealista de lo que debe hacerse para conseguir otro orden social, sino de lo que debe hacerse para no provocar desorden social. Asume así el

**Estos muchachos fueron antifranquistas,
pero sin excederse: no insultan a la
prudencia ajena enseñando años y años de
cárcel, meses y meses en celdas de castigo,
espectaculares exilios, torturas. Nada de
eso. No ofenden por lo que hicieron a los que
poco hicieron.**

socialismo moderado su condición de inquilino condicionado de un estado que no está hecho a su medida, evidencia que finalmente acogerán con alivio.

De aceptar que se gobierna para conservar a gobernar conservadoramente apenas si median unos meses de evidencias, a las que llegan los mejor situados para acceder a ellas, los que están en el poder y dentro de él los que están por convicción más predispuestos a asumir esa evidencia. Posteriormente se habló mucho de que la *beautiful people* era un PSOE dentro de otro PSOE y en definitiva el que había impuesto sus criterios moderados al PSOE sindicalista e idealistamente esquizofrénico. Desde un cierto despotismo ilustrado, los miembros de la *beautiful people* gobernaron y gobiernan con la seguridad que les da un saber y una información que los demás no tienen. Desde esa prepotencia han conducido la llamada modernización de España, eufemismo que no ha conseguido ocultar del todo su verdadera significación: homologar a España dentro del sistema capitalista, a todos los efectos, según divisiones de roles industriales, comerciales y estratégicos predeterminados por las líneas maestras del sistema. Y en esa búsqueda se tomaron decisiones como la definitiva entrada en la OTAN o el desarme industrial hecho a la medida de la división internacional del trabajo.

Esa homologación podría ser un simple medio para acceder hacia objetivos lejanos de un proyecto social igualitario y emancipador. Pero ese proyecto no existe, no está escrito ni en los papeles oficiales ni en el cerebro de los que redactan los papeles oficiales. El intervencionismo residual es un intervencionismo vergonzante y a la defensiva, mientras se fomenta que *la sociedad tome la iniciativa*, propuesta loable si la descontextualizamos de quienes pueden y quienes no pueden tomar la iniciativa en una sociedad cuadrículadamente abierta. Tal vez se trate de recomendar a la sociedad civil y a los individuos que tomen la iniciativa para remediar los problemas de marginación, cuantitativa y cualitativamente espeluznantes, que la tercera revolución industrial está creando. Algo parecido a las propuestas de los economistas ingleses premarxistas, preocupados por la pobreza que les era contemporánea y sin otro instrumento para zanjarla que la beneficencia.

Las últimas fotografías salen movidas

Los movimientos sociales suscitados por la campaña de la OTAN demost-

ron la supervivencia de una conciencia crítica, finalmente impotente, aunque por poco, ante el rodillo avasallador de los aparatos de estado. Poco después, el PSOE volvía a ganar las elecciones generales por mayoría absoluta, pero seriamente castigado por la pérdida de un millón de votos. A comienzos de 1987 estallaron conflictos sociales en la enseñanza y en los sectores industriales reconvertidos que dieron lugar a movilizaciones desconocidas durante la breve etapa democrática. Poco después las elecciones municipales y autonómicas de junio volvieron a dar un castigo electoral al PSOE y fueron más la expresión de un malestar que la seguridad en una alternativa.

La foto del grupo sale movida. No sólo por los cambios ministeriales habidos. Ausente Boyer del gobierno, sigue inspirando la política económica mediante las homilias que cada verano pronuncia en la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander. Altos dirigentes socialistas piden cambios de timón y una búsqueda de proyecto social que reoriente tanto al gobierno como a la sociedad española. El pulso entre la *beautiful people*, es decir entre la tecnocracia economicista del PSOE y la UGT, amenaza con influir en la credibilidad social y se aprecia un cierto

movimiento en torno del rectángulo fotográfico, a la espera de vacantes siluetas vacías. Los centros y las derechas se intraestiman para formar un frente político sin otro objetivo que quitarle el poder al PSOE, porque tampoco han enseñado sus cartas tan magnas como milagrosas.

Lo evidente es que el grupo fotografiado ha perdido la inocencia. El poder no necesariamente corrompe, pero sí aliena. Esa foto primera, ese retrato de grupo con señora nunca más volverá a recomponerse, nunca más un grupo de inocentes será tan espontáneamente escogido por diez millones de españoles. También esos diez millones han perdido la inocencia espontánea e inspirada que les llevó a votar a aquellos muchachos tan preparados y tan encantadores y tan limpios de Historia.

Sólo Carmen Romero parece la misma. Podría entrar y salir de esta fotografía actual problemática sin apenas desgaste semántico. Apareciera en tejanos y blusa, apareciera con un traje de moaré. No es el caso de Felipe González. Si recuperara de pronto la chaqueta de pana, tejido de tranvianos y penenes, sólo suscitaría sonrisas de desencantados avisados. Para siempre está condenado a ser el que ahora es y ya nunca sabrá lo que pudo haber sido y no fue. ■



EFE